



«El prodigioso fenómeno de la ciudad no ha desaparecido. Ésa es la razón por la que tantas veces he buscado la ciudad medieval en las ciudades actuales y, preferentemente, en las que no existían en la Edad Media. A quien se interese por ésta le será muy provechoso sumergirse en el bullicio de Nueva York, recorrer el puerto de Amberes, descubrir Abidjan, deambular por

Tegucigalpa o pasar un día de mercado en Cholulteca. Visitar museos o sumergirse en la contemplación entusiasta de viejas piedras bien conservadas está de acuerdo con la idea que tenemos del hombre culto; sin embargo, la observación de las ciudades que están ante nuestros ojos nos acerca más a la comprensión de la vida urbana. Son un elemento indispensable de la reflexión sobre la ciudad medieval, porque ésta no es una realidad incomparable, sino una encarnación, entre tantas otras, del fenómeno urbano.»

THIERRY DUTOUR

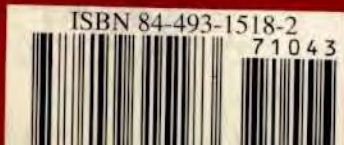
THIERRY DUTOUR LA CIUDAD MEDIEVAL 43

P A I D O S O R I G E N E S

THIERRY DUTOUR

LA CIUDAD MEDIEVAL

Orígenes y triunfo de la Europa urbana



ISBN 84-493-1518-2
7 10 4 3

FNAC - 81 24/02/85
210102060300 3000033



DUTOUR, THIERRY
CIUDAD MEDIEVAL, LA
EAN 9788449315183

Editor 20 006

Últimos títulos publicados:

2. K. Armstrong, *Jerusalén*
3. F. Braudel, *En torno al Mediterráneo*
4. G. Epiney-Burgard y E. Zum Brunn, *Mujeres trovadoras de Dios*
5. H. Shanks, *Los manuscritos del Mar Muerto*
6. J. B. Russell, *Historia de la brujería*
7. P. Grimal, *La civilización romana*
8. G. Minois, *Historia de los infiernos*
9. J. Le Goff, *La civilización del Occidente medieval*
10. M. Friedman y G. W. Friedland, *Los diez mayores descubrimientos de la medicina*
11. P. Grimal, *El amor en la Roma antigua*
12. J. W. Rogerson, *Una introducción a la Biblia*
13. E. Zolla, *Los místicos de Occidente, I*
14. E. Zolla, *Los místicos de Occidente, II*
15. E. Zolla, *Los místicos de Occidente, III*
16. E. Zolla, *Los místicos de Occidente, IV*
17. S. Whitfield, *La vida en la ruta de la seda*
18. J. Freely, *En el serrallo*
19. J. Larner, *Marco Polo y el descubrimiento del mundo*
20. B. D. Ehrman, *Jesús, el profeta judío apocalíptico*
21. J. Flori, *Caballeros y caballería en la Edad Media*
22. L.-J. Calvet, *Historia de la escritura*
23. W. Treadgold, *Breve historia de Bizancio*
24. K. Armstrong, *Una historia de Dios*
25. E. Bresciani, *A orillas del Nilo*
26. G. Chaliand y J.-P. Rageaud, *Atlas de los imperios*
27. J.-P. Vernant, *El individuo, la muerte y el amor en la antigua Grecia*
28. G. S. Kirk, *La naturaleza de los mitos griegos*
29. J.-P. Vernant y P. Vidal-Naquet, *Mito y tragedia en la Grecia antigua, vol. I*
30. J.-P. Vernant y P. Vidal-Naquet, *Mito y tragedia en la Grecia antigua, vol. II*
31. I. Mereu, *Historia de la intolerancia en Europa*
32. P. Burke, *Historia social del conocimiento*
33. G. Leick, *Mesopotamia*
34. J. Sellier, *Atlas de los pueblos del Asia meridional y oriental*
35. D. C. Lindberg, *Los inicios de la ciencia occidental*
36. D. I. Kertzer y M. Barbagli (comps.), *Historia de la familia europea, I*
37. D. I. Kertzer y M. Barbagli (comps.), *Historia de la familia europea, II*
39. J. M. Bloom y Sh. S. Blair, *Islam*
40. J. Dugast, *La vida cultural en Europa entre los siglos XIX y XX*
41. J. Brotton, *El bazar del Renacimiento*
42. J. Le Goff, *En busca de la Edad Media*
43. T. Dutour, *La ciudad medieval*

THIERRY DUTOUR

LA CIUDAD MEDIEVAL

Orígenes y triunfo de la Europa urbana



PAIDÓS

Barcelona
Buenos Aires
México

XVI Conclusiones y perspectivas de la investigación
 XVII Bibliografía
 XVIII Índice de materias

Sumario

Introducción	15
1. PERSPECTIVAS PARA UNA EXPLORACIÓN DE LA CIUDAD MEDIEVAL	
Un procedimiento	21
Definición de la ciudad	27
Historia urbana e historia social	33
2. ¿QUÉ ES UNA CIUDAD EN LA EDAD MEDIA? EL TESTIMONIO DE LOS CONTEMPORÁNEOS	
La ciudad en los siglos VI y VII	38
La ciudad ideal de los tiempos carolingios	48
La revelación de la novedad del esplendor urbano en el siglo XII	53
El triunfo de las ciudades a partir del siglo XIII	64
3. EL TIEMPO DE LAS CIUDADES EPISCOPALES:	
LA ALTA EDAD MEDIA	75
El destino de las ciudades entre la Antigüedad y la Edad Media	77
Tres casos	84
El afianzamiento de la ciudad episcopal	89
Las primeras manifestaciones de un progreso que se generaliza (siglos VII-IX)	96

4. LA URBANIZACIÓN DE LA EUROPA LATINA EN EL SIGLO X ...	107
Medir el desarrollo urbano	108
Tres casos de ciudades del siglo X	111
Las ciudades de Germania vistas por un viajero del año 965	111
Pavía y el reino de Italia antes del año 991 según las <i>Honorantiæ civitatis Papiæ</i>	114
Salerno en el siglo X según ciertas transacciones privadas ...	119
Identidad urbana y nueva distribución de los papeles urbanos	124
5. DESARROLLO URBANO Y EXPANSIÓN AGRARIA (SIGLOS VIII-XIV)	137
Crecimiento demográfico y expansión agraria	137
La intensificación del crecimiento	140
Encuadramiento y renovación de la expansión agraria por parte de las ciudades	145
La multiplicación del número de ciudades	157
El paso del poblado a la ciudad	162
6. DESARROLLO URBANO Y ORGANIZACIÓN DE LAS RELACIONES SOCIALES (SIGLOS VIII-XIV)	167
El vínculo íntimo de las ciudades con un país interior aldeano	168
El desarrollo de las ciudades y de los poderes locales en la edad señorial (siglos IX-XII)	173
La consolidación de las élites urbanas (siglos XI-XIV)	191
7. MOVILIDAD DE LAS PERSONAS Y VIDA URBANA	205
Inmigración de origen rural y vida urbana	205
El desarrollo de la movilidad de los ciudadanos	217
Hacia el rurbanismo: nuevas formas de habitar	225
8. CREACIONES URBANAS	233
Una diversificación inédita de las élites sociales	233
La promoción de valores sociales nuevos	241
La diversificación de las formas adoptadas por los vínculos entre las personas	248
La aparición de nuevas instituciones sociales	251

9. CIUDAD, EDAD MEDIA Y CAMBIO SOCIAL	269
Desarrollo urbano y Edad Media	269
Desarrollo urbano y cambio social	279
CONCLUSIÓN: DESARROLLO URBANO Y URBANIZACIÓN	295
El movimiento del desarrollo urbano	296
La dimensión urbana de las actividades sociales	299
Bibliografía	307

Capítulo 3

El tiempo de las ciudades episcopales: la Alta Edad Media

Una costumbre bastante extendida quiere que se haga comenzar la historia de la ciudad medieval en el siglo X, o también, con cierta frecuencia, en el siglo XI. Jean Hubert, por ejemplo, se marca como campo de estudio «los cuatro siglos que separan el final de la Antigüedad del comienzo de la Edad Media» en un estudio importante sobre las ciudades de la Galia durante la Alta Edad Media.¹ Situados en esta perspectiva, hay que distinguir el período llamado convencionalmente Alta Edad Media tanto de la Antigüedad como de la Edad Media propiamente dicha. No nos queda más que caracterizar las ciudades. Al constatar el hecho de que son un testimonio de la urbanización antigua tanto o quizá más que de dinámicas propias de los tiempos medievales, Georges Duby ve en ellas una época de la historia de la ciudad antigua.² Otros, sorprendidos ante todo por el ocaso de la forma de urbanización propia de la Antigüedad romana, creen estar ante una «crisis de la ciudad»³ y verse enfrentados a un mundo rural en el que la ciudad desempeña un papel secundario,⁴

1. Hubert, J., «La topographie et l'aspect des villes de Gaule du V^e au X^e siècle», *La Città nell'Alto Medioevo (Settimane di studio del Centro italiano di studi sull'Alto Medioevo, VI)*, Espoleto, 1959, pág. 529-558.

2. Duby, G., *Histoire de la France urbaine*, vol. 1, *La Ville antique des origines au IX^e siècle*, París, 1980.

3. Benevolo, L., *La Città nella storia d'Europa*, Bari, 1996 (trad. cast.: *La ciudad europea*, Barcelona, Crítica, 1993).

4. Para R. L. Moore, «le faltaba [al Imperio Carolingio] la dimensión urbana, la única capaz de organizar la vida de los campos en torno a ella, y por la cual se define la civilización», Moore, R., *The First European Revolution c. 970-1215*, Oxford, Basil Blackwell, 2001; trad. fr.: *La Première Révolution européenne X^e-XIII^e siècles*, París, 2001, pág. 21.

o bien ven en los siglos de la Alta Edad Media la preparación de una urbanización posterior que es, según su punto de vista, la única realidad digna de interés.⁵ Según eso, y con toda lógica, muchos compendios y manuales dedican muy poco espacio a las ciudades anteriores al siglo XI;⁶ algunos incluso, sin pararse en barras, toman como punto de partida el siglo XI, al considerar quizá sus autores que la cosa es más que evidente.⁷ Y aunque la ciudad medieval comenzara a existir mucho después de la desaparición de la ciudad antigua, ¿habría que considerar el tiempo que separa a ambas como una especie de interludio? Eso equivaldría a menospreciar cuatro siglos —dieciséis generaciones de personas, tanto como desde el rey Enrique IV hasta nuestros días— y sería demasiado fácil, facilidad que vamos a descartar aquí.

La ciudad de la Alta Edad Media existe. Este capítulo trata de arrojar algo de luz sobre su especificidad. Pero, puesto que procede de evoluciones de larga duración que no constituyen un simple paréntesis, o uno entre dos en el curso de la historia urbana, también intenta mostrar las evoluciones que la vinculan con los siglos precedentes y siguientes. Primero examinaremos el destino de las ciudades entre Antigüedad y Edad Media y después, tras haber identificado el tipo de ciudad que parece el más propio de la Alta Edad Media, la ciudad episcopal, observaremos las primeras señales, que se remontan al siglo VII, de un desarrollo urbano en los tiempos medievales.

5. Eso lleva a muchos autores a excluir sencillamente de su estudio sobre la Edad Media las ciudades anteriores al siglo XI, sin embarcarse en largos preliminares. Paul Hohenberg y Lynn Hollen Lees dedican a esta cuestión una página en un notable ensayo sobre la formación de la Europa urbana. En su estudio no se remontan más allá del siglo XI, y el motivo es que la red urbana romana quedó «desestructurada como consecuencia de las guerras civiles y de los ataques germánicos», que el modo de vida urbana a la que iba unido desapareció, y que desde el siglo VI al X se preparó la base económica de la urbanización propiamente medieval; Hohenberg, P. y L. H. Lees, *The Making of Urban Europe 1000-1950*, Harvard University Press, 1985; trad. it.: *La Città europea dal Medioevo a oggi*, Bari, 1987, pág. 20.

6. Así es como —para ofrecer un ejemplo de los más recientes— Gabriela Piccini (*I mille Anni del Medioevo*, 1999), que, sin embargo, es especialista en historia urbana, les consagra cinco páginas y un solo párrafo específico titulado «L'Europa senza città» (La Europa sin ciudades); aparece tras 132 páginas de texto y lo forman dos páginas y media de entre las 464 de su obra. En cambio, la realidad urbana a partir del siglo XI ocupa 64 páginas.

7. Carpentier, E. y M. Le Mené, 1996, *La France du XI^e au XV^e siècle: population, société, économie*, París, 1996.

EL DESTINO DE LAS CIUDADES ENTRE LA ANTIGÜEDAD Y LA EDAD MEDIA

Continuidad, ruptura y cambio

La cuestión de la existencia de la vida urbana entre la Antigüedad y la Edad Media se ha planteado primero como una elección entre continuidad y ruptura.

En efecto, la idea de una interrupción en la historia urbana de Europa fue moneda de recibo durante mucho tiempo. Era parte integrante de una visión de las cosas en la que el paso de la Antigüedad a la Edad Media se concebía como una catástrofe que iba acompañada de decadencia y de ocaso en todos los aspectos de la actividad humana, decadencia y ocaso repletos necesariamente de consecuencias negativas. Por ejemplo, se ha pensado durante mucho tiempo que los bárbaros de los siglos V y VI eran demasiado primitivos —digamos, demasiado bestias— para entender la vida urbana. Ésta es una forma periclitada de ver las cosas tras los resultados de la investigación de los veinticinco últimos años, que se pueden ver ya hace tiempo en algunas historias generales,⁸ pero ha tenido que pasar mucho tiempo para que dejara de ser lo más corriente. Así es como se ha afirmado durante mucho tiempo que los bárbaros, en el mejor de los casos, se iban acomodando a la ciudad. Pero entonces, ¿por qué se interesaban por ella? ¿Por qué los lombardos, por ejemplo, cuando invaden Italia, organizan el territorio conquistado en ducados centrados en las ciudades existentes, en las que instalan guarniciones de tal manera que después, en el siglo VII, las élites lombardas están incontestablemente urbanizadas?⁹

Este debate cae dentro del marco más amplio de una discusión sobre la interpretación que se puede hacer de la evolución macroeconómica de los siglos de la Alta Edad Media. Esta discusión, por tratarse de los siglos IV a VII, deja un amplio margen a la hipótesis, dada la escasez de las informaciones disponibles sobre la vida urbana y la ausencia casi total de datos cifrados y fiables de la población de las ciudades. Por eso, las informaciones que nos proporciona la arqueología (superficie ocu-

8. Pensamos, por ejemplo, en Wickham, C., *Early Medieval Italy. Central Power and Local Society 400-1000*, MacMillan Press, 1981; trad. it.: *L'Italia nel primo Medioevo. Potere centrale e società locale (400-1000)*, Milán, 1982; Werner, K.-F., *Histoire de France*, t. 1, *Les Origines (avant l'an mil)*, París, 1984.

9. Wickham, *L'Italia nel primo Medioevo*, op. cit.; «Early medieval archaeology in Italy: the last twenty years», *Archeologia medievale*, vol. XXVI, 1999, págs. 7-20.

pada, densidad posible de la población, hábitat y su distribución, destino de los edificios, modos de construcción, objetos del intercambio) y los testimonios relativos a la ocupación de esos lugares adquieren una importancia especial, en particular en ciertas regiones donde ha habido más excavaciones arqueológicas (Inglaterra, Renania, Italia). Los resultados de los estudios arqueológicos han sido la causa de las mayores revisiones de lo que se creía saber respecto de los siglos de la Alta Edad Media. No obstante, la combinación de una cierta forma de plantear el problema de la existencia de ciudades a comienzos de la Alta Edad Media (la caída del Imperio Romano, una catástrofe) y de la importancia dada a los datos arqueológicos por la gran escasez de las demás fuentes, ha dado a los debates de los especialistas un giro muy particular.

Durante mucho tiempo se ha tendido a organizar cualquier clase de discusión en torno a los datos relativos a la topografía y a los edificios construidos. Los textos redactados con motivo de los sextos encuentros, llamados *Settimane di studio*, organizados por el Centro italiano de estudios sobre la Alta Edad Media de Espoleto, que tuvieron lugar en 1958 y se consagraron a *La Città nell'Alto Medioevo*,¹⁰ dan de ella una idea precisa. En efecto, se puede constatar que las cuestiones relativas a la continuidad o a la ruptura en la historia de las ciudades no sólo ocupan en ellos un lugar importante, sino que también se traducen en interrogantes sobre los elementos materiales de la existencia de las ciudades. Se plantean cuestiones sobre la ocupación humana de los enclaves urbanos y sobre la topografía urbana; ahí, como escribe por entonces Georges Duby, «el terreno es más seguro» para el investigador¹¹ —digamos más bien que da esa impresión—. En este campo, naturalmente, no faltan ejemplos de continuidad: la de la ocupación de los enclaves construidos, de la existencia de infraestructuras (camino, puentes, calles, acueductos, por ejemplo) y de edificios (sobre todo iglesias). También hay, aunque infinitamente menos, casos de continuidad desde el punto de vista institucional, con la permanencia de ciertos modos de organización de la actividad humana, las magistraturas urbanas por ejemplo (la curia municipal de Poitiers seguía funcionando en el año 651; ciertas instituciones administrativas perduran en Pavía) o las organizaciones de oficios artesanales. La abundancia de los elementos de continuidad

10. *La Città nell'Alto Medioevo (Settimane di studio del Centro italiano di studi sull'Alto Medioevo, VI)*, Espoleto, 1959.

11. *Ibid.*, pág. 241.

depende, por supuesto, de las regiones estudiadas. La Italia bizantina es una prueba de continuidad urbana: Rávena, Roma, Nápoles, Otranto, Reggio di Calabria, Lucera, las ciudades de Sicilia hasta la conquista musulmana no han sufrido interrupción de su historia. Aún hoy, los historiadores de las ciudades que vuelven su vista hacia Italia quedan sorprendidos por los elementos de continuidad entre ciudad antigua y ciudad medieval que tienen ante los ojos; por eso Jacques Heers, en 1990, matiza la idea de ruptura (como demuestra el título del primer capítulo de su obra: «Después de Roma: ¿continuidad o eclipse?»).¹² Por el contrario, la Península Ibérica, con la invasión musulmana en el año 711, parece ofrecer un caso de ruptura que va aquí hasta el abandono de ciertos lugares poblados. Aun así, la visión global de una catástrofe se ha abandonado.

Eso es lo que ha llevado a plantear el problema de la continuidad urbana de una manera distinta; en vez de oponer continuidad y ruptura, en la actualidad se tiende a preguntarse por la relación que existe entre continuidad y cambio, que es algo muy distinto. Roberto S. López, en la conclusión que da de los trabajos de Espoleto en 1958, invita a no buscar la continuidad sino la persistencia; eso le parece, con razón, una forma más pertinente de plantear el problema. «Fundamentalmente, escribe, lo que parece condicionar la vida de los centros urbanos no es tanto el pasado romano cuanto el presente de cada edad sucesiva.» El problema no es la continuidad material y, por lo tanto, topográfica de los establecimientos humanos, sino la adaptación de la vida urbana a las condiciones cambiantes. Según eso, ¿qué significa, por ejemplo, el hecho de que el Capitolio siga siendo el símbolo de Roma?¹³ No mucho. Y, por cierto, Milán existía en la Antigüedad, pero lo importante es, sobre todo, la existencia de la sede episcopal y metropolitana de esta ciudad, la de la abadía que conserva las reliquias de san Ambrosio, las inmensas posesiones de la abadía y sus importantes archivos relativos a sus bienes raíces. Roma también sigue existiendo y jamás se le ocurrirá a nadie la idea descabellada de decir que la sociedad romana de hoy en día tiene el más mínimo punto en común con la sociedad romana de los

12. Heers, J., *La Ville au Moyen Âge en Occident. Paysages, pouvoirs et conflits*, París, 1990.

13. Cecchelli, C., «Continuità storica di Roma antica nell'Alto Medioevo», *La Città nell'Alto Medioevo (Settimane di studio del Centro italiano di studi sull'Alto Medioevo, VI)*, Espoleto, 1959, págs. 89-150.

tiempos de Augusto. Los trabajos posteriores de historiadores y arqueólogos se sitúan en esta perspectiva.¹⁴

Una evolución multisecular: un ocaso de la «ciudad antigua» desde la Antigüedad

Así han aparecido los elementos de la cronología de una evolución. Son esenciales para la comprensión de períodos que, por abarcar varios siglos, no se pueden resumir en una sencilla etiqueta, sea cual fuere. Hay que hacer hincapié en dos de esos elementos, relativo el primero a la herencia antigua y el otro a los acontecimientos que originaron ciertos trastornos que afectaron a la historia de las ciudades.

La ciudad antigua no es un objeto intangible que ha existido a través de los siglos sin evolucionar. La ciudad de los siglos IV y V a veces tiene poca relación con la idea que se suele formar de la ciudad antigua. Dijon, como hemos visto, es un ejemplo. He aquí otro relativo a la Calabria,¹⁵ tanto más sorprendente cuanto que la región se vio lo suficientemente libre de las invasiones del siglo III como para que las ciudades no tuvieran que fortificarse con una muralla; la mayoría de ellas siguen siendo ciudades abiertas, lo mismo que bajo el Alto Imperio. Sin embargo, se observa en el siglo IV la aparición de aglomeraciones nuevas que hacen la competencia a las antiguas ciudades, el abandono de las ciudades, un cierto desinterés de las élites por residir en la ciudad, la falta de interés por el cargo de edil y, finalmente, la desaparición del cargo mismo, y un empobrecimiento del hábitat. Las responsabilidades de la vida pública quedan acaparadas por grandes propietarios nobles de bienes raíces. El emperador Valentiniano III, en el año 447, deplora que los comerciantes abandonen las ciudades para establecerse en el campo;¹⁶ pero el Imperio, con el mismo emperador, y por la misma época, deja a los mismos propietarios nobles hacendados la tarea de organizar la defensa contra los vándalos que ya se han apoderado del norte de África. Semejante evolución no es específica de Calabria, ni de la parte

14. Wickham, «Early medieval archaeology in Italy: the last twenty years», *op. cit.*

15. Noyé, G., «Les villes des provinces d'Apulie-Calabre et de Bruttium-Lucanie du IV^e au VI^e siècle», en G. P. Brogiolo (comp.), *Early Medieval Towns in West Mediterranean*, Mantua, 1996, págs. 97-120.

16. Doehaerd, R., *Le Haut Moyen Âge occidental. Économies et sociétés*, Paris, 1982, pág. 54.

Europea del Imperio: se la halla ya, por ejemplo, en Egipto. El ocaso de las ciudades en Calabria se ve muy claro en el siglo V; hay que relacionarlo con el crecimiento, desde el siglo IV, de nuevas aglomeraciones rurales y con la evolución de las estructuras de poder.¹⁷ De esta forma disminuye la importancia de las ciudades mientras que aumenta la de los grandes burgos rurales.¹⁸ A fin de cuentas, se puede constatar, incluso antes del final de la Antigüedad, la quiebra del ideal romano de la ciudad —es cierto que su expresión se halla en ciertos textos contemporáneos, pero no describe hechos efectivos— y una tendencia al abandono de las ciudades por parte de los medios aristocráticos, ampliamente atestiguado en todo el Imperio, que modifica profundamente uno de los grandes resortes del dinamismo urbano.

¿Son rupturas las grandes olas de las invasiones?

En cuanto a los sucesos trágicos, hay que distinguir tres momentos en las invasiones devastadoras.

El segundo es el más conocido porque coincide con el ocaso del Imperio de Occidente; se puede decir que comienza durante el invierno que está a caballo entre los años 406 y 407, cuando diversos pueblos germánicos —alanos, francos orientales, burgundos, suevos, vándalos— atraviesan la frontera del Rin, y que acaba cuando, a finales del siglo VI, la dominación lombarda se estabiliza en Italia. Éste es el motivo por el que la cuestión de una continuidad o de una ruptura en la historia de las ciudades se ha planteado con respecto a este segundo momento. No obstante, no representa ninguna ruptura en la historia de las ciudades, ni en la evolución de los modos de vida de la aristocracia:¹⁹ tras la violencia de la conquista, la vida continúa en el mismo marco social, institucional y topográfico. Simplemente, el *praetorium* del gobernador romano lo ocupa ahora un conde franco o un duque lombardo. En una perspectiva a largo plazo, el momento más importante es, sin ningún género de dudas, el primero, y si los efectos del tercero no son baladíes, tampoco son decisivos.

17. Alston, R., «Urban population in Late Roman Egypt and the end of the Ancient World», en W. Scheidel (comp.), *Debating Roman Demography. Mnemosyne Supplement 211...*, Leiden, 2001, págs. 161-204.

18. Dagron, G., *La Romanité chrétienne en Orient*, Londres, 1984.

19. Balmelle, C., *Les Demeures aristocratiques d'Aquitaine. Société et culture de l'Antiquité tardive dans le sud-ouest de la Gaule*, Burdeos y París, 2001.

En efecto, en la segunda mitad del siglo III «se origina un paroxismo. El *limes* de la Germania superior cae en el año 254, se produce una gran irrupción bárbara hacia el año 259 en Bélgica, entre los años 268 y 278 queda saqueado todo el interior de la Galia y hay bandas que penetran hasta en España. Sucumbe una parte de las ciudades [...], las *villae* arden por centenares: es la peor catástrofe en la historia de la Galia [...]. Los alamanes irrumpen en Italia en los años 260 y 270, después los godos, por tierra y por mar, saquean Tracia, Grecia y el Asia Menor del año 258 al 269. Aureliano consigue restablecer el *limes* en su antiguo trazado, excepto en Dacia, que queda abandonada a los godos, y en Galia, donde esta tarea la lleva a cabo Probo hacia el año 278 [...]. En fin, la violenta energía de Diocleciano logra cerrar a los germanos, después de una generación siniestra, el acceso del Imperio».²⁰ Pero los estragos son inmensos; decenas de ciudades han sido saqueadas, hasta en España (por ejemplo, Tarragona queda destruida en el año 258 por una expedición de los francos) y en Italia, donde se libran batallas decisivas contra los alamanes, cerca de Plasencia y cerca de Pavía. Ahora bien, pasadas las fronteras, las bandas de saqueadores descubren ciudades abiertas y regiones sin defensa. Es entonces cuando las ciudades —entre ellas Roma bajo Aureliano, hacia el año 270— comienzan a rodearse de murallas, que a veces se hacen a toda prisa y a veces de forma metódica, cuando se han superado los primeros disturbios: las murallas de Bourges, por ejemplo, datan de la década de los años 350. Esta reacción es la prueba de la incapacidad para impedir a los bárbaros atravesar la frontera del Imperio y, a la vez, de la decisión serenamente meditada de adoptar una nueva estrategia militarmente eficaz. Las ciudades se convierten en ciudadelas casi imposibles de tomar, dentro de las cuales se pueden esperar refuerzos, mientras que los ejércitos de campo, formados por las mejores tropas, quedan estacionados detrás del *limes*, dispuestos a lanzarse contra el invasor que ose atravesarlo. También es la prueba de que ahora hay que vivir con los bárbaros, con los prisioneros que se utilizan para repoblar el campo, con los colonos, con cuerpos del ejército auxiliar y con pueblos aliados contra pueblos enemigos.

En los siglos IX y X comienzan de nuevo las incursiones, los pillajes y las rapiñas de todo género, esta vez con los musulmanes del norte de África, los húngaros y los vikingos. «Si en un mapa de Europa se pusieran señales en las zonas saqueadas por las diversas corrientes de este

segundo paroxismo, casi ningún país quedaría en blanco.»²¹ Los musulmanes, frenados en su expansión terrestre en España, llegan ahora por vía marítima. Sus operaciones compaginan las incursiones piratas, cuyo objetivo es la destrucción y el pillaje, con la conquista. Estas operaciones se vienen observando desde finales del reinado de Carlomagno. Conquistán Sicilia entre los años 827 y 902, se asientan en el sur de Italia (emirato de Taranto, 840-871; emirato de Bari, 847-871) y en la Provenza oriental (Le Freinet, cerca de Saint-Tropez, 890-972), llegan hasta ocupar los principales pasos de los Alpes occidentales a partir del 921 y se lanzan a grandes expediciones de pillaje en Provenza y en Italia. Así, en el 846, una flota musulmana remonta el Tíber hasta Roma, y la basílica de San Pedro, que se halla fuera de las murallas, queda destrozada y saqueada; en el año 935 toman Génova y la saquean. Los húngaros, pueblo de jinetes nómadas, conquistan la Panonia (la actual Hungría) a finales del siglo IX y hacen de ella una base para incursiones de pillaje que llevan a cabo cada año por la primavera —los caballos necesitan hierba— y que les llevan hasta Italia, donde en el año 924 incendian Pavía, la capital de los reyes lombardos, Germania y la Galia. Por el sur van hasta Otranto (947), por el oeste hasta Orleáns (937) y por el noroeste hasta Bremen (915), hasta que en el año 955 el rey de Germania, Otón I, les inflige una derrota decisiva en Lechfeld, cerca de Augsburg. En cuanto a los escandinavos, los que la Europa latina conoce por sus hechos son los daneses y los noruegos, a quienes las fuentes anglosajonas llaman *Vikingos* y las fuentes latinas *Normanni*, hombres del norte (de ahí el nombre de Normandía para designar la única región donde consiguen instalarse de forma permanente), o también piratas, lo que traduce de forma efectiva la forma en que la Europa latina los conoce. Sus expediciones se van ampliando a partir del año 834: navegan río arriba, toman ciudades (París, por ejemplo, se ve asediada en los años 885-886) y establecen bases permanentes en las desembocaduras de los ríos. A partir de finales del siglo IX los piratas se convierten en conquistadores. Los daneses tratan de instalarse y de anexionarse territorios y a veces lo consiguen (en el año 878, el rey de los ingleses reconoce a los daneses la posesión del tercio nordeste de Inglaterra, llamado *Danelaw*; en el año 911, el rey de Francia occidental reconoce la autoridad del jefe Rollón sobre el bajo Sena con el título de conde de Ruán: es el origen del ducado

20. Musset, L., *Les Invasions: les vagues germaniques*, París, 1965, pág. 53.

21. Musset, L., *Les Invasions: le second assaut contre l'Europe chrétienne (VII^e-XI^e siècles)*, París, 1965, pág. 52.

de Normandía). En fin, entre los años 980 y 1020 reanudan las grandes razias; en el año 1013 conquistan toda Inglaterra y las costas de la Galia quedan devastadas. Después, las invasiones dejan de asolar la Europa latina. «Entonces se interrumpen los grandes impulsos, observa Georges Duby, que desde hacía un milenio habían lanzado contra el Occidente de Europa olas sucesivas de conquistadores ávidos. Esta parte del mundo —y ése es su gran privilegio— se ve libre de las invasiones.»²²

De este modo, las ciudades han quedado de tal forma modificadas durante setecientos años, entre el siglo III y los siglos IX y X, que con toda evidencia, las del siglo X y las del Alto Imperio apenas sí tienen algún punto en común. Es menester interpretar a la luz de esta constatación los datos materiales relativos a una continuidad, a una ruptura o a una transformación en la historia de las ciudades, sobre todo los que nos ofrecen los estudios arqueológicos.

TRES CASOS

Vamos a poner tres ejemplos. Los dos primeros se refieren a una región de presunta continuidad de una vida urbana transformada, el tercero a una región de presunta ruptura con ella.

Rimini

En Rimini,²³ la continuidad de la ocupación del lugar donde se halla situada la ciudad está muy bien documentada. Este puerto se encuentra al sur del Po —y más exactamente algunos kilómetros al sur de un riachuelo con un nombre que se hizo famoso después de César, el Rubicón—, allí donde las crestas secundarias del Apenino, perpendiculares a su eje principal, alcanzan la costa del mar Adriático. La ciudad, situada en la desembocadura del río Marecchia, está rodeada por el oeste y por el suroeste primero de colinas y después de montañas, y se abre al norte sobre la llanura que se prolonga hasta el delta del Po y al este sobre el

mar. El lugar estaba ocupado antes de la conquista romana. En el año 268 a. C. los romanos fundan allí su primera colonia de derecho latino al norte del Apenino y la llaman *Ariminum*. Se ha podido calcular su población a finales del siglo II a. C. —con todos los riesgos que conlleva este género de evaluaciones— en unos 10.000 habitantes. Así pues, Rimini es una ciudad importante, en la desembocadura de la *via Flaminia* (que desde el año 220 a. C. la une con Roma) al Adriático, en el cruce de ésta con la *via Emilia* (abierta en el 187 a. C., que se extiende a lo largo del norte del Apenino hacia el noroeste y va hasta Plasencia), y en la *via Popilia* (que sigue la costa de Rimini a Rávena). En el año 90, *Ariminum* obtiene la ciudadanía romana. A partir del principado de Augusto está dotada de monumentos públicos importantes: un arco de triunfo en honor de Augusto el año 27 a. C., un gran puente de piedra de cinco ojos (mide 62,6 m de largo) sobre el Marecchia, inaugurado bajo Tiberio el año 21, después, durante el Alto Imperio, un teatro, un anfiteatro tan grande como el Coliseo de Roma y capaz de alojar de 10 a 20.000 espectadores, termas y diversos templos. Los datos que ofrece la arqueología parecen dar testimonio de una existencia próspera de la ciudad hasta el siglo III.

Entonces, bajo el emperador Aureliano, comienzan grandes transformaciones. En la época de las incursiones de los bárbaros alamanes y de la victoria que obtienen sobre un ejército imperial en Plasencia en el año 271, el emperador ordena la fortificación de las ciudades para su defensa. En Rimini, lo mismo que en otras partes, se construyen murallas y, también como en otras partes, éstas llevan bloques de mármol tomados de ciertos edificios monumentales: ¿se han destruido? ¿Estaban hasta tal punto deteriorados que se creyó más oportuno no conservarlos? No se sabe. Sea lo que fuere, las murallas, lo mismo que en otras partes, no cubren la totalidad de la zona urbana y se observa que se apoyan en el anfiteatro englobándolo y transformándolo en parte de la muralla, cegando previamente sus arcos: el anfiteatro se convierte en una especie de fortaleza. En el siglo IV, con la cristianización, se construyen al menos siete iglesias, los únicos edificios públicos cuya construcción por esta época queda atestiguada. En el siglo siguiente se añaden al menos otras cuatro; la catedral, construida junto a la muralla, ocupa al noroeste de la ciudad una posición descentrada, lejos del foro y en la parte opuesta del puerto. Pero la sede de quien es, desde el año 591, el nuevo poder secular, es decir, el duque, se instala en las proximidades de la catedral. Rimini pertenece a esa porción de la Italia del norte en la que los

22. Duby, G., *Guerreros et paysans VII^e-XII^e siècles. Premier essor de l'économie européenne*, París, 1973 (trad. cast.: *Guerreros y campesinos: desarrollo inicial de la economía europea (500-1200)*, Madrid, Siglo XXI, 1992).

23. Gobbi, G. y P. Sica, *Rimini*, Bari, 1982.

bizantinos se mantienen durante dos siglos tras el comienzo de la invasión lombarda en el año 567; comprende el interior de las tierras de Rávena (que poco a poco adquirió el nombre de *Romania*, el país de los romanos: es el origen de la Romaña) y una franja de territorio que se extiende, al sur del exarcado, a todo lo largo de la costa adriática: la Pentápolis, así llamada porque comprende cinco ciudades (además de Rímini, Pesaro, Fano, Senigallia y Ancona).

Los especialistas de la región admiten que el papel de las ciudades ha seguido siendo aquí más importante que en los territorios vecinos, que estuvieron bajo control lombardo y después franco.²⁴ Sin embargo la evolución es análoga. En las ciudades, las magistraturas civiles heredadas de la Antigüedad desaparecen reemplazadas por un duque que ejerce los poderes militares y civiles. Catedral, palacio episcopal, residencias de los miembros del clero de la catedral, palacio ducal, muy pronto fortificado y apoyado en la muralla, forman en el siglo VII el nuevo centro de la ciudad. Lo mismo que en Roma por la misma época, la distribución geográfica de una población de todas formas reducida se modifica: la parte sur y sudeste de la ciudad, que representa por lo menos un tercio de la superficie encerrada en la muralla, desde el foro hasta el arco de triunfo de Augusto, se muestra abandonada y poco habitada. El plano antiguo de la ciudad queda desdibujado. Los monumentos antiguos van desapareciendo, con la única excepción del arco de Augusto y del puente. En cambio, en la orilla izquierda del Marecchia se va desarrollando una barriada en torno a una abadía. El hábitat, por lo que sabemos al respecto, parece poco denso en construcciones, compuesto de casas pobremente construidas y con frecuencia, lo mismo que en otras partes de Italia por la misma época, rodeadas de un jardín, pero dejando ver una profunda decadencia en los modos de construcción, ya que se utiliza la madera y la arcilla, y una de las raras casa de piedra de estructura compleja, que se conoce gracias a los archivos de la archidiócesis de Rávena, está habitada hacia el año 750 por un importante personaje, *Mauricius, gloriosum magister militum*, cuyos medios no son, sin lugar a dudas, los del común de los ciudadanos.²⁵

24. Fumagalli, V., «Langobardia» e «Romania»: l'occupazione del suolo nella Pentapoli altomedievale», *Ricerche e studi sul «Breviarium Ecclesiae Ravennatis» (Codice Bavaro)*, Roma, 1985, págs. 95-107.

25. Gelichi, S., «Note sulle città bizantine dell'Esarcato e della Pentapoli tra IV e IX secolo», en G. P. Brogiolo (comp.), *Early Medieval Towns in West Mediterranean*, Mantua, 1996, págs. 67-76.

Reims

En Reims, la muralla construida a finales del siglo III o a comienzos del IV se apoya en los cuatro arcos triunfales construidos en los dos ejes principales de circulación de la ciudad, lo mismo que en cualquier ciudad romana, el *cardo* y el *decumanus*; los arcos se convierten en puertas de la muralla. Ésta es el elemento esencial del sistema defensivo, pero no el único, ya que hay también un talud de unos 10 m de ancho además de un foso. Naturalmente, para poner en marcha este sistema de defensa se han arrasado los edificios que había y se han destruido otros para utilizar la piedra necesaria para la muralla.²⁶ ¿Quién imagina la diferencia entre el paisaje de la ciudad abierta del Alto Imperio y el de la ciudad fortificada del siglo IV? Es una diferencia considerable.

Avancemos cuatro siglos. Bajo el Imperio Carolingio, en el año 816, el arzobispo de Reims decide construir una nueva catedral en el lugar donde se construyó la anterior en la primera mitad del siglo V. La paz interior que reina en el mundo franco ha hecho desde hace mucho tiempo que se preste menos atención al mantenimiento de las murallas de las ciudades, cuyo estado de deterioro es por entonces manifiesto. Este estado, con frecuencia, no se debe más que a la falta de mantenimiento, en cierto modo lógico fuera de los períodos de inseguridad. Y lo mismo que en muchas otras ciudades por esta época, el arzobispo de Reims utiliza para la catedral las piedras de la muralla, con el permiso del emperador. La muralla es una cantera. Los trabajos duran cuarenta años y la nueva catedral es consagrada en el año 862. Flodoardo ha dejado una descripción de ella en el que la presenta como un edificio imponente, dotado de un pavimento de mármol, de bóvedas pintadas, de vidrieras, de un frontón adornado de mosaicos, de un techo de plomo. Pero veinte años después de la consagración de la catedral, ante la amenaza de las razias normandas, hay que reconstruir la muralla —y en vez de utilizar para una iglesia las piedras de una muralla, ahora se utilizan para la muralla las piedras de una iglesia destruida por los normandos—. La ciudad vuelve a ser de nuevo la fortaleza que había sido, y que también había dejado de ser durante mucho tiempo.

26. Neiss, R., «La structure urbaine de Reims antique et son évolution du I^{er} au III^e siècle», *Revue Archéologique de Picardie*, n^{os} 3-4, 1984, págs. 171-192.

La Gallæcia

La evolución, vista desde la perspectiva de las tierras gallegas, si es diferente en cuanto al detalle, coincide en líneas generales. J. L. Quiroga y M. R. Lovelle²⁷ se marcan como ámbito geográfico de estudio Galicia y el norte de Portugal, entre el mar Cantábrico y el Duero, es decir, la antigua provincia de *Gallæcia*, que constituye «un territorio en el que la historiografía tradicional establece una profunda “ruptura”, una “crisis” o incluso una “desaparición” de las ciudades entre el siglo V y el X». Según ellos, esta visión de las cosas, que hacen remontar hasta las comunicaciones de J. M. Lacarra y de C. Sánchez Albornoz en las jornadas de estudios celebradas en Espoleto en 1958, no es de recibo. Se proponen demostrarlo mediante la aportación de los métodos de la arqueología a los «datos de las excavaciones urbanas y [al] análisis topográfico de los vestigios hallados fuera del contexto estratigráfico», que hay que cotejar con los textos contemporáneos.

En el siglo IV existen en la región objeto de estudio varias ciudades entre las cuales las más importantes son Astorga, Lugo, Braga y Chaves. En el siglo V las tres últimas son sedes de obispado. Por lo que sabemos por ejemplo, de Braga, gracias a la arqueología, la continuidad de la ocupación de los lugares que ocupan estas ciudades no presenta ninguna duda. Además, «existe un desarrollo de la construcción a lo largo de todo el siglo V, bien comprobado por la arqueología en Braga» e incluso después. Así pues, tampoco aquí se puede presentar una visión de la evolución dominada por la idea de catástrofe; «la palabra que mejor cuadra es la de transformación».

Pero ésta afecta a todos los aspectos que se pueden percibir de la existencia de las ciudades. La cristianización tiene como consecuencia, en las ciudades que son sede episcopal, la construcción de una catedral y del grupo de edificaciones, entre ellas un baptisterio, que la acompañan por regla general. Esos edificios se suelen construir «en una zona marginal con respecto a la topografía de la ciudad antigua», la cual estaba centrada en el foro, como en otros sitios y sin duda por las mismas razones, teniendo en cuenta las circunstancias de la ubicación de las cate-

27. Quiroga, J. L. y M. R. Lovelle, «De la cité antique aux évêchés du Haut Moyen Âge en Galice et dans le nord du Portugal (IV^e-XI^e siècle)», en N. Coulet y O. Guyotjeannin (comps.), *La Ville au Moyen Âge. Actes du 120^e congrès national des sociétés historiques et scientifiques*, Aix-en-Provence y Paris, 1998, págs. 15-40.

drales (donativos o compra de terrenos donde quedan disponibles). Digamos además que se constata un poco por doquier la construcción de otras iglesias, urbanas o de barriada. El plano de las ciudades, lo mismo que en otras partes,²⁸ se halla modificado. Y lo es también, sobre todo a partir de finales del siglo VII, con la aparición de barrios nuevos, o el desplazamiento de zonas habitadas «hacia la cumbre del *castrum* (donde lo hay)», sobre todo en los siglos VIII y IX, a causa de la inseguridad, «y en torno a la catedral». Se construyen fortificaciones, al ser por entonces la inseguridad uno de los principales problemas de los ciudadanos, a causa de las invasiones y las razias de pillaje de musulmanes y normandos en las costas de Galicia.

En fin, si las ciudades conocidas están en su mayoría instaladas, después del siglo XI, en lugares ocupados en la época romana, precisamente esas aglomeraciones no eran ciudades en la época romana (Porto y Santiago de Compostela, por ejemplo).

El ejemplo de Rímini ilustra lo que Roberto S. López llamaba «persistencia de la vida urbana» y el hecho de una herencia de la Antigüedad. La visión de una ruptura no es aceptable si con ello se quiere dar a entender que se produjo una catástrofe, y si hubo una catástrofe, tuvo que producirse dos siglos antes del ocaso del Imperio. Pero en Reims, aquí lo mismo que en otras partes, entre los siglos III y X se hicieron muchas obras de reparación y de mantenimiento, se destruyó y se reconstruyó, en suma, se modificó. El caso de la *Gallæcia* nos ofrece las mismas enseñanzas, y añade además el hecho de que la red urbana conocida del siglo XI no es la de la Antigüedad. En Reims, en Rímini, en *Gallæcia* y en cualquier otro sitio, la ciudad antigua fue desapareciendo poco a poco para convertirse en una ciudad episcopal.

EL AFIANZAMIENTO DE LA CIUDAD EPISCOPAL

El afianzamiento de la ciudad episcopal caracteriza los siglos V y VI. Se produce en un contexto de depresión económica y demográfica. Sin embargo, a escala europea, las situaciones son muy diversas.

28. Gauthier, N., «La topographie chrétienne entre idéologie et pragmatisme», en G. P. Brogiolo y B. Ward-Perkins (comps.), *The Idea and Ideal of the Town between Late Antiquity and the Early Middle Ages*, Leiden, Brill, 1999, págs. 195-209.

Una evolución de primer orden

El nacimiento de la ciudad episcopal comienza antes de la desaparición de la autoridad imperial, con la aparición de la Iglesia como potencia económica y financiera en el siglo IV, y queda reflejada en el paisaje urbano mediante la construcción de edificios dedicados al culto cristiano. En el siglo IV comienza la construcción de las primeras catedrales (en Tréveris, por ejemplo, que es la residencia imperial, la iglesia episcopal se funda en el año 346), de las grandes basílicas (en Roma se construyen las basílicas de San Juan de Letrán, de la Santa Cruz de Jerusalén, Santa María la Mayor), basílicas de camposanto fuera de las murallas (nuevamente en Roma, por ejemplo, San Pedro, San Pablo extramuros, Santa Inés, San Lorenzo extramuros). Viene después el afianzamiento del carácter episcopal de las ciudades, al no haberse puesto nunca en tela de juicio la elección de la residencia del pastor de la grey en la aglomeración principal de su diócesis. En Italia, por ejemplo, la legislación del emperador Justiniano (Pragmática Sanción, 554), que no hace más que ratificar un estado de hecho, prevé que el obispo controle diversos aspectos de la vida civil (la actividad de los jueces civiles, por ejemplo) y sobre todo de la vida urbana (aprovisionamientos, anona, trabajos públicos); él queda exento de la autoridad de los funcionarios imperiales.²⁹ La autoridad del obispo se extiende por doquier a la ciudad y al territorio urbano que se extiende en torno a ella, es decir, a las barriadas de la periferia.³⁰

Esta evolución convierte a la Iglesia en el principal elemento de la continuidad urbana y en el factor capital de la misma. En efecto, las ciudades romanas sobreviven un poco por doquier como lugar de residencia de una institución: el episcopado. El obispo, tanto de hecho como en la idea que se tiene de él, se impone como el protector y el representante de su ciudad.³¹ El papa Gregorio Magno tratando con el rey bárba-

29. Brezzi, P., *La Civiltà del Medioevo europeo*, vol. 1, *L'Urto delle civiltà nell'Alto Medioevo (395-814)*, Roma, 1978, págs. 399-401.

30. Lombard-Jourdan, A., «Oppidum et banlieue. Sur l'origine et les dimensions du territoire urbain», *Annales: Économie, Société, Civilisations*, vol. 27, 1972, págs. 373-395.

31. Beaujard, B., «L'évêque dans la cité en Gaule aux V^e-VIII^e siècles», en C. Lepelley (comp.), *La Fin de la cité antique et les débuts de la cité médiévale. De la fin du III^e siècle à l'avènement de Charlemagne*, Bari, 1996, págs. 127-145; Orselli, A. M., «L'idée chrétienne de la ville. Quelques suggestions pour l'Antiquité tardive et le Haut Moyen Âge», en G. P. Brogiolo y B. Ward-Perkins (comps.), *The Idea and Ideal of the Town between Late Antiquity and the Early Middle Ages*, Leiden, Brill, 1999, págs. 181-193.

ro invasor no es un caso aislado. Para poner un ejemplo entre muchos otros, cuando los lombardos, en el año 569, invaden Italia con su rey Albuino a la cabeza y llegan hasta Treviso, es el obispo quien negocia con ellos un acuerdo y pone a salvo del pillaje a la ciudad.³² Las ciudades se convierten también en cabezas de distrito de los condados, incluso aunque a veces el territorio administrado por un conde, llamado *pagus* o *comitatus*, no se extienda a todo el territorio de la *civitas* y, por lo tanto, de la diócesis, repartida entre varios *pagi*. Por otra parte, éstas están fortificadas y desempeñan un papel militar. Estas distintas funciones implican la existencia de actividades económicas. Como hemos visto al hablar de los testimonios de Gregorio de Tours y de Rupert de Deutz, la construcción y la ornamentación de las iglesias, la construcción y el mantenimiento de las fortificaciones, suponen una actividad artesanal; la residencia en la ciudad del obispo, de su entorno, de un clero, de un conde y sus familiares, todos ellos bien dotados de importantes ingresos procedentes de sus bienes raíces, convierten a la ciudad en uno de los lugares donde se obtienen y se distribuyen las riquezas, y ofrece una clientela a los artesanos y a los comerciantes. Nada de extraño tiene constatar que las ciudades son los lugares de reunión de mercados y de ferias. Por ejemplo, se sabe que en Bolonia, en el siglo VIII, el mercado de productos alimentarios, el de productos fabricados, en fin, la feria, tenía lugar fuera de los muros del recinto de origen romano, cerca de un canal navegable que une la ciudad con el Po.³³ En todo esto, la ciudad de la Alta Edad Media toma el relevo de la ciudad romana, que se puede definir como el lugar donde se desarrolla la vida pública, donde se organiza la recaudación de los impuestos y la concentración de sus productos, en fin como el lugar de residencia de propietarios de tierras.

Pero toma el relevo a una escala reducida. El papel de las ciudades en la vida pública ya no depende más que de la presencia del obispo y de las fortificaciones, sin equivalente en el campo. El impuesto directo, abominado por la población, ya no existe o apenas y, de una forma general, «el conjunto de instituciones de carácter fiscal que obligan al aparato productor a producir los suficientes bienes para que la parte retenida a favor del Estado [romano] garantice su mantenimiento» ha

32. Gasparri, S., «Dall'età longobarda al secolo X», en D. Rando y G. M. Varanini (comps.), *Storia di Treviso*, vol. II, *Il Medioevo*, Venecia, 1991, págs. 3-39.

33. Brezzi, P., *op. cit.*, pág. 413.

desaparecido (R. Doehaerd)³⁴ Por último, y sobre todo, la mayoría de propietarios de tierras viven ahora en el campo en sus *villæ*; como resultado de una evolución iniciada en el siglo IV que adopta la forma de éxodo en el siglo V, y de la que los autores contemporáneos ofrecen un cumplido testimonio. El modo de vida ciudadano que las élites asocian a la idea de civilización romana se traslada de esta forma a sus lujosas residencias en el campo —la *villa* de Sidonio Apolinario en Auvernia, en la que disfrutó de largas estancias entre los años 461 y 467, tenía, al lado de la *pars rustica*, una *pars urbana* que incluía biblioteca, termas y piscina— que, cada vez con más frecuencia, se fortifican al menos de forma superficial.³⁵ Por eso no es exagerado decir que las ciudades sobreviven a sí mismas. Su población ha decrecido enormemente; por ejemplo, se ha llegado a afirmar que las ciudades de la Galia tenían como media unos 1.500 habitantes en los siglos V-VI.³⁶

Un contexto económico en horas bajas

El marco de esta evolución es, si no por doquier al menos en muchas regiones, la desaparición o la desorganización de los antiguos cauces de intercambio, acompañada, sin lugar a dudas, de un empobrecimiento general. Ésas son, por ejemplo, las conclusiones de los estudios arqueológicos llevados a cabo en Italia durante los veinte últimos años.³⁷

En el siglo VII, en Milán, Bérgamo, Brescia, Rávena o Verona se construyen en madera o en piedra reutilizada viviendas de un solo cuerpo. Las calles ya no están pavimentadas. El espacio urbano tiende a organizarse en núcleos de población dispersos, agrupados con frecuencia en torno a una iglesia, lo mismo que en otras partes (por ejemplo en Tours).³⁸ En cuanto a la producción de bienes artesanales y a su comercialización, nuestros conocimientos proceden sobre todo del estudio de las cerámicas conservadas, ya que se puede determinar su origen geo-

34. Doehaerd, R., *op. cit.*, pág. 52.

35. Balmelle, C., *Les Demeures aristocratiques d'Aquitaine. Société et culture de l'Antiquité tardive dans le sud-ouest de la Gaule*, Burdeos y París, 2001.

36. Gauvard, C., *La France au Moyen Âge du V^e au XV^e siècle*, París, 1996, pág. 22.

37. Wickham, C., «Early medieval archaeology in Italy: the last twenty years», *op. cit.*

38. Gauthier, N. y H. Galinié (comps.), *Grégoire de Tours et l'espace gaulois*, Tours, 1997, págs. 49-80.

gráfico y ponerles una fecha. Tienen, además, la ventaja de que, al haber sido producidas en masa y necesitarse por doquier, constituyen un producto de gran difusión, revelador por eso mismo (a diferencia de los bienes de lujo, marginales por definición) de un estado de la vida económica. Hacia el año 400 se halla por toda Italia cerámica africana por una parte y, por otra, producciones locales, a veces de gran calidad, pero no cerámicas procedentes de la *pars orientalis* del Imperio, excepto en Pulla. Italia está integrada en un sistema de intercambios extendido por todo el Mediterráneo occidental y existe una demanda regional solvente capaz de permitir producciones locales a gran escala. Hacia el año 450 se ven los efectos de la conquista del norte de África por los vándalos. El sistema fiscal romano ya no puede garantizar el envío regular a Italia de cereales y de aceite, el abastecimiento de Roma queda interrumpido, el comercio privado que se basaba en las expediciones fiscales procedentes de África deja de existir. En Italia, la cerámica africana se hace más escasa en las regiones interiores; no obstante, aparecen imitaciones locales, lo mismo que ánforas (utilizadas para el transporte de aceite) del Mediterráneo oriental, es decir, de las regiones que continuaban estando bajo el control del Imperio de Oriente. Hacia el año 550, cuando el Imperio ha reconquistado no obstante el norte de África, la cerámica africana ya no se halla más que en algunos centros muy importantes y situados en la costa o cerca de ella, como Roma, Nápoles y Rávena. Las regiones interiores dan la impresión de haber quedado desvinculadas de los circuitos de intercambio organizados en torno al Mediterráneo y, por añadidura, la producción local decrece o bien desaparece, lo que indica con toda certeza una disminución de la demanda solvente. Esta situación se la relaciona por lo general con la guerra grecogoda; se produce una fragmentación de lo que había sido antaño un espacio económico italiano. Cuando a partir del año 568 llegan los invasores lombardos, son precisamente las regiones interiores las que éstos ocupan de forma permanente, y la fragmentación de Italia, que éstos no crearon sino que recibieron en herencia, queda agudizada. Así, a partir de la segunda mitad del siglo VI, a las diferentes regiones de Italia les esperan destinos distintos. En la Italia del norte lombarda, después del año 650, la difusión de la producción local es cada vez más restringida y las importaciones son raras. Este momento parece ser aquel en que la demanda solvente alcanza su punto más bajo. En cambio, después del año 700, hay pruebas de un comercio que une el interior con las regiones marítimas mediante el Po y sus afluentes. En cuanto al

sur bizantino, éste está sujeto a evoluciones que le son propias y exclusivas.³⁹

En definitiva, los estudios arqueológicos ponen de relieve no sólo la regionalización de los circuitos de intercambio y el empobrecimiento, sino también esta depresión del movimiento económico que caracteriza el siglo VI.

Diversas situaciones en el ámbito europeo

Por supuesto, las situaciones no son las mismas en toda Europa. Varían en el tiempo; los reyes merovingios y los lombardos poseen palacios ciudadanos y los utilizan (las actas públicas de los reyes lombardos no reseñan, en su datación, más que palacios ciudadanos, en Milán, Pavía, Verona, Rávena),⁴⁰ mientras que los palacios ciudadanos de los primeros carolingios, excepto casos particulares, no constan como lugares de residencia. Varían también según las regiones: entre Inglaterra, donde existe un abandono casi total de ciertas ciudades, e Italia, incluso el sur de la Galia, donde los propietarios de feudos que no han abandonado las ciudades son mucho más numerosos, las diferencias son claras. Las guerras de los siglos V, VI y VII en Italia se organizan para la conquista de ciudades, tanto la guerra de los godos contra Odoacro cuando invaden Italia en el año 489, como la guerra de reconquista llevada a cabo por los ejércitos imperiales contra esos mismos godos a partir del año 535 y, en fin, las guerras de los lombardos a partir del año 568. Los testimonios que nos permiten conocer estos hechos (las cartas escritas por Casiodoro en nombre de Teodorico y de sus sucesores, el relato de la guerra grecogoda de Procopio de Cesarea, las cartas del papa Gregorio Magno) así lo confirman. Más tarde, en el siglo VIII, los escritos de Pablo el Diácono, por ejemplo, nos dan a conocer una vida política que, en la Italia lombarda, tiene un amplio desarrollo en la ciudad. El reino lombardo tiene en Pavía, desde la década de los años 620, una verdadera capital, con edificios monumentales que manifiestan el papel de la ciudad:

39. Noyé, G., *op. cit.*

40. Bougard, F., «Les palais royaux et impériaux de l'Italie carolingienne et ottonienne», en A. Renoux (comp.), *Palais royaux et princiers au Moyen Âge. Actes du colloque international tenu au Mans les 6, 7 et 8 octobre 1994*, Le Mans, Publications de l'Université du Maine, 1996, págs. 181-196.

un palacio real, iglesias fundadas por reyes y reinas, y termas.⁴¹ En Italia las ciudades siguen siendo el centro esencial de la organización de la vida religiosa, civil, política y administrativa. Pero, incluso en Italia, algunas desaparecen. E. Sestan,⁴² a imitación de otros, había llamado la atención sobre este fenómeno en el sur de Italia. La investigación reciente así lo confirma no sólo para esta región,⁴³ sino también, por ejemplo, para el Apenino toscano.⁴⁴

En este contexto, las poblaciones urbanas son no sólo escasas sino también, al menos en ciertas regiones y sobre todo en la Galia, cada vez menos compuestas de hombres libres, hasta tal punto, decía F. Vercauteren,⁴⁵ que en la Galia «desde finales del siglo VI, el número de hombres libres de condición media, de artesanos por ejemplo, es lo suficientemente reducido como para que se pueda prejuzgar *a priori* acerca de su origen servil». Llama la atención una anécdota que relata Gregorio de Tours⁴⁶ y que corrobora esta visión de las cosas. Un joven parisiense, sastre de profesión (*puer parisiacus cui artis erat vestimenta componere*), enfermo y ciego, va hacia el año 575 a Tours a orar a la tumba de san Martín con la esperanza de obtener la curación. Leodastis, conde de Tours, informado de que el joven es artesano (*artifex*) le ordena que vuelva con sus señores porque él no puede circular libremente. Ahora bien, nos dice Gregorio, el sastre tenía la condición de libre (*erat enim ingenuus genere*). Desde este punto de vista, la situación, una vez más, parece diferente en Italia. La legislación de los reyes lombardos y, sobre todo, el «edicto de Rotario» (643) son una prueba; el edicto, en su artículo 8, prevé una fuerte multa (900 sueldos de oro) a quien turbe la tranquilidad de una asamblea pública, y entre esas asambleas se menciona la asamblea de los ciudadanos (*conventus civium*) delante de la

41. Ewig, E., «Résidence et capitale pendant le Haut Moyen Âge», *Revue historique*, 1963, págs. 36-47.

42. Sestan, E., «La città comunale italiana dei secoli XI-XIII nelle sue note caratteristiche rispetto al movimento europeo», *Actes du XI^e congrès international des sciences historiques Stockholm 1960*, Lovaina, 1961.

43. Noyé, G., *op. cit.*

44. Wickham, C., *Early Medieval Italy, Società degli Apenini nell'Alto Medioevo*, 2 vols., Bolonia y Florencia, 1982 y 1985; *The Mountains and the City: The Tuscan Apennines in the Early Middle Ages*, Oxford, 1988.

45. Vercauteren, F., «La vie urbaine entre Meuse et Loire du VI^e au IX^e siècle», *La Città nell'Alto Medioevo (Settimane di studio del Centro italiano di studi sull'Alto Medioevo, VI)*, Espoleto, 1959, pág. 466.

46. *Liber de virtutibus Sancti Martini*, II, 58, MGH, SS. rer. Merov., t. I 628.

iglesia principal de su ciudad. En el año 790, una capitular del rey carolingio de Italia Pipino, actuando en nombre de su padre Carlomagno, prohíbe que los ciudadanos de Plasencia, mediante deliberación, concedan la ciudadanía de su ciudad a quienes dependen del rey, porque entonces burlarían el control de éste.⁴⁷

En resumidas cuentas, la supervivencia de la red de ciudades romanas nos ofrece un caso de continuidad topográfica —dejando aparte el detalle de evoluciones particulares— y, con el obispo, institucional, pero también de discontinuidad social y económica.

LAS PRIMERAS MANIFESTACIONES DE UN PROGRESO QUE SE GENERALIZA (SIGLOS VII-IX)

A partir de finales del siglo VII se multiplican las señales de un progreso demográfico y económico aún limitado, parcial, capaz de avances y de retrocesos, pero claro. En este contexto nuevo surgen aglomeraciones urbanas cuya existencia parece vinculada al intercambio mercantil. Éstas llaman ciertamente la atención, pero son ante todo una manifestación entre otras de un desarrollo urbano. Éste se sustenta principalmente en un dinamismo nuevo de la economía rural.

Los nuevos puertos comerciales en las regiones costeras de los mares del norte en los siglos VII-IX

Hay que interpretar a la luz de esta última constatación los informes relativos a la existencia en la Europa de la Alta Edad Media de un gran comercio, es decir, de intercambios mercantiles de ámbito internacional, tradicional e incluso espontáneamente asociados a la idea de vida urbana.

En el Occidente de los siglos VI y VII residen comunidades de orientales, judíos, sirios —o sea, de orientales no judíos, así llamados por los latinos— que mantienen vivas las corrientes de intercambios entre Oriente y Occidente que existían antes e incluso, según algunos,⁴⁸ las incremen-

47. Brezzi, P., *op. cit.*, págs. 396 y 405.

48. Lambrechts, P., «Le commerce des Syriens en Gaule du Haut-Empire à l'époque mérovingienne», *L'Antiquité classique*, t. 6, 1937, págs. 35-61.

tan, dándoles una amplitud que no habían tenido hasta entonces; los comerciantes, extranjeros o no, son ciudadanos. Pero los productos que importan de Oriente son productos de lujo, accesibles sólo a una clientela acomodada, compuesta esencialmente de aristócratas, laicos o eclesiásticos. De ahí que la importancia de su actividad en el conjunto de la vida económica sea incluso reducida; no se puede ver en ella más que una prueba intrascendente de la existencia de las ciudades en general. En el siglo VII da señales de agotamiento y el comercio de los productos de lujo sigue otros derroteros, con los comerciantes judíos, especialistas en el tráfico de orfebrería y de telas preciosas, y los negociantes de diversas ciudades costeras de Italia, como los venecianos.⁴⁹

Entonces, a partir del siglo VII, crece el interés por el desarrollo de intercambios comerciales organizados en torno al mar del Norte.⁵⁰ Sus autores principales son los navegantes frisonos: con ellos entran en contacto la Galia del norte, la Inglaterra anglosajona, la Irlanda celta, el mundo escandinavo, es decir, los países costeros de la Mancha, del mar del Norte y del Báltico e intercambian no sólo productos de lujo, sino también y sobre todo bienes de valor moderado útiles a una amplia clientela, ya se trate de productos en bruto (pieles y cueros, ámbar, marfil, los metales de los países nórdicos; la lana de Inglaterra, el vino y los cereales de la Galia; la sal, la madera de construcción) o transformados (los paños, sobre todo frisonos, el vidrio, la cerámica, las armas y, sin lugar a dudas, la cerveza). Los puertos existentes, antiguas ciudades romanas, se benefician de este comercio: Nantes, Ruán, Amiens, Londres, por ejemplo. Pero «lo nuevo [...] en todas las costas de los mares del norte fue el desarrollo, patente ya hacia el año 600, de puertos de un tipo nuevo [...] hechos de aglomeraciones de maderos colocados a lo largo de los muelles en los estuarios o en los deltas que no existían más que gracias al comercio y para él».⁵¹ Ateniéndose sólo a los más importantes se pueden citar: en el istmo danés, Ribe al oeste, Hedeby al este, al sur de Jutlandia y al fondo del estuario del Schlei, al norte del actual canal de Kiel; en Suecia, Birka, cerca de Estocolmo en la isla de Björkö; en la desembocadura del Rin, en su confluencia con el Lek, Dorestad, centro principal del comercio frisón, mencionado por vez primera en el año 689; en la

49. Bougard, F., *op. cit.*

50. Lebecq, S., *Marchands et navigateurs frisons du Haut Moyen Âge*, 2 vols. Lille, 1983; H. Clarke y B. Ambrosiani, *Towns in the Viking Age*, Londres, 1991.

51. Lebecq, S., *Les Origines franques V^e-IX^e siècles*, París, 1990, pág. 149.

Galia del norte, Quentovic, cerca de la Mancha, en la orilla sur del Canche, un pequeño río del Ponthieu; en Inglaterra, Hamwih, en el futuro emplazamiento de Southampton.

Estos puertos han existido durante mucho tiempo y algunos fueron sin duda aglomeraciones importantes. Pensamos sobre todo en Quentovic, que aparece documentado hacia el año 670 y llama muy pronto la atención del poder franco. Éste instala en él una oficina de recaudación de tasas indirectas (gabela) que recaen sobre las actividades comerciales, y se halla representado allí por hombres de rango elevado, como en el año 865 un *praefectus* calificado de *vir illuster* y enviado en misión a Inglaterra,⁵² lo que parece lógico puesto que Quentovic pasó por ser el principal centro de los intercambios comerciales del mundo carolingio con Inglaterra hasta finales del siglo IX. La prosperidad de estos puertos está vinculada a las actividades de intercambio comercial, sobre todo al comercio con países lejanos. Se trata de establecimientos originales. Como hemos dicho, se construye en madera. Existen las fortificaciones pero son rudimentarias; por ejemplo, Hedeby está fortificada mediante elevaciones de tierra de cuatro pies de altura que forman un perímetro defensivo semicircular adosado al mar. La población varía considerablemente en función de los ritmos de las estaciones y del volumen de negocios. En Birka, en el siglo IX, la población permanente de la ciudad se calcula en 1.500 habitantes, una cifra que podía elevarse hasta 8.000 en función de la afluencia que atrajeran las grandes concentraciones estacionales de comerciantes. Los orígenes geográficos de esas poblaciones son muy variados. El estudio de las tumbas demuestra que muchos habitantes de Birka procedían de Frise, del noroeste de la Germania y de Hedeby.

De entre estas aglomeraciones, a las que no son sedes episcopales no se las considera ciudades por parte de los contemporáneos; se las llama *portus* o *emporium*. A Valenciennes, por ejemplo, se la llama *portus* en el siglo IX en diversos documentos. En lo que para los contemporáneos es una verdadera ciudad hay un obispo. Éste, una vez consagrado, entra en la ciudad en silla gestatoria, reservada antaño a los cónsules romanos; preside las ceremonias religiosas que consolidan la unidad de la comunidad cristiana y las procesiones que la congregan. Procedente por lo general de la aristocracia, dirige una iglesia rica y él mismo es rico, capaz de imponerse a los poderosos y de hacerse oír, de tomar iniciativas en su

52. Vercauteren, F., *op. cit.*, pág. 479.

ciudad y de sufragar los trabajos que dictan las circunstancias. Su ciudad está protegida por las reliquias de santos, cuidadosamente conservadas en las basílicas situadas con frecuencia, como en Reims y en Lyon, en las principales salidas de la ciudad. La ciudad episcopal es una «ciudad santa».⁵³ Gregorio de Tours, por ejemplo, nos relata que, con motivo de una epidemia de peste en el año 546, los habitantes de Reims sacaron en procesión la mortaja de san Remigio alrededor de su territorio a la vez que invocaban la protección del santo. La peste no atravesó los límites del territorio de Reims:⁵⁴ «La ciudad está definida no tanto por las murallas que la circunscriben como por el conjunto de las iglesias que la componen».⁵⁵ ¿Habría que considerar ciudades las aglomeraciones comerciales que aparecen en el siglo VII? Desde el punto de vista de una reflexión sobre el fenómeno urbano sí, sin lugar a dudas, pero desde el punto de vista de los contemporáneos no. Esta falta de coincidencia llama la atención sobre ciertos límites del fenómeno que representan, límites que debemos subrayar.

Las aglomeraciones que surgen, nuevas y a la vez directamente unidas al intercambio con países lejanos, es decir, los nuevos puertos, a escala de los tiempos medievales no son duraderos. La mayoría de ellas desaparece con la invasión de los vikingos, por cuya razón J. Dhondt las llama «ciudades champiñón». Quentovic, por ejemplo, ya no se menciona después del 900, Birka queda abandonada en el año 960 como muy tarde y Dorestad un poco antes. Ahora bien, los documentos no hablan de ocaso de las relaciones comerciales por esta época y las ciudades de origen romano tampoco desaparecen. Las invasiones normandas, a pesar de la toma y del saqueo de muchas ciudades, no interrumpen la vida urbana, incluso allí donde el choque parece haber sido más violento, por ejemplo en Chartres, tomada en el año 858.⁵⁶ Así pues, como subrayan con razón M. Fixot⁵⁷ o J. Heers,⁵⁸ el motivo hay que buscarlo

53. Hubert, J., *op. cit.*

54. Desportes, P., *Reims et les Rémois aux XIII^e et XIV^e siècles*, Paris, 1979, pág. 401.

55. Bühner-Thierry, G., «De saint Germain de Paris à saint Ulrich d'Augsbourg: l'évêque du Haut Moyen Âge, garant de l'intégrité de sa cité», en P. Boucheron y J. Chiffolleau (comps.), *Religion et société urbaine au Moyen Âge. Études offertes à Jean-Louis Biget par ses anciens élèves*, Paris, 2000, págs. 29-41.

56. Chédeville, A., *Chartres et ses campagnes (XI^e-XIII^e siècles)*, Paris, 1973.

57. Fixot M., «Une image idéale, une réalité difficile: les villes du VII^e au IX^e siècle», en G. Duby (comp.), *Histoire de la France urbaine*, t. I, *La Ville antique*, Paris, 1980, pág. 541.

58. Heers, J., *La Ville au Moyen Âge en Occident. Paysages, pouvoirs et conflits*, Paris, 1990, págs. 44-49.

en la naturaleza misma de esos establecimientos. Aparecen como factorías vinculadas a la presencia de comerciantes llegados de lejos, que podrían no venir más, como almacenes, albergues de etapa, centros de negocios, construidos de forma poco consistente en lugares amenazados por la evolución de los cursos fluviales. Se advierte además que, en dos siglos de existencia, ni Quentovic ni Dorestad han presenciado fundación religiosa alguna notable y duradera ni se han visto jamás dotadas de fortificaciones dignas de ese nombre.

Así pues, hay que prestar atención a las otras ciudades al margen de los nuevos puertos comerciales.

Los testimonios de un desarrollo urbano en los siglos VIII-IX

Generalmente se admite que se pueden distinguir dos épocas en los siglos de la Alta Edad Media desde el punto de vista del dinamismo urbano: un estancamiento o un ocaso hasta los alrededores del año 700 o 750, y un desarrollo, aunque modesto, a partir de esos mismos años.

Ahora bien, desde hace mucho se ha observado que hacia la época de prosperidad de los nuevos puertos comerciales tuvo lugar un desarrollo urbano en sus lugares correspondientes del interior. En Germania se aprecia, a la vez que va siendo conquistada por los francos (con Münster en el norte de Germania, Paderborn, Bremen, Oldenburg en Holstein, Ingelheim),⁵⁹ la evangelización de la Germania, bajo el impulso sobre todo del anglosajón Winfrith (san Bonifacio) entre los años 722 y 724, va acompañada de la fundación de obispados, y la elección de sedes episcopales parece haber tenido en cuenta la existencia anterior de aglomeraciones dotadas de fortificación.⁶⁰ En los valles del Escaut y del Mosa existen poblaciones, algunas de ellas antiguas ciudades (Cambrai, Maastricht, Tournai, Verdun), pero no otras (Valencienes, Gante, Dinant, Namur, Huy). Este fenómeno llamó la atención de J. Dhondt⁶¹ que, con toda razón, vio en él un desarrollo urbano. En resumen, en los siglos VIII y IX, sobre todo en una región de ese noroeste

59. Fehring, G., «Former roman towns and new foundations in Central Europe», en G. P. Brogiolo (comp.), *Early Medieval Towns in West Mediterranean*, Mantua, 1996, págs. 155-174.

60. Doehaerd, R., *op. cit.*, págs. 128-129.

61. Dhondt, J., «L'essor urbain entre Meuse et mer du Nord à l'époque mérovingienne», *Studi in onore di Armando Sapori*, t. I, Milán, 1957, págs. 57-78.

europeo del que se sabe que más tarde se convertirá en uno de los polos más importantes del desarrollo económico, aparecen aglomeraciones a lo largo de las costas, mientras que crecen otras ya existentes, sobre todo por el desarrollo de barrios *extramuros* vinculados a la presencia de un mercado: el hábitat de la ciudad de la Alta Edad Media va más allá del reducto fortificado delimitado por la muralla, sobre todo porque hay grandes santuarios suburbanos que determinan la instalación de una población, y el desarrollo de una ciudad se mide sobre todo por el desarrollo de barriadas.⁶² Así es como el desarrollo de un hábitat *extramuros* queda documentado en Luca desde el comienzo del siglo VIII.⁶³

A pesar de la importancia de muchas auténticas ciudades comerciales en la Europa del noroeste en los siglos VIII y IX, la ciudad episcopal sigue siendo la más representativa de la realidad urbana en la Alta Edad Media. Sin embargo, a partir de ahora se ve claramente que ya no es la única forma del fenómeno urbano digna de atención.

Un desarrollo económico global

Esta evolución inédita es la prueba de un desarrollo económico global que genera excedentes de producción, y de la existencia de corrientes de intercambio. Las invasiones de los siglos IX y X no lo interrumpen. Este desarrollo, a la inversa del de los puertos comerciales, que es una manifestación entre muchas otras, no es un fenómeno limitado a una zona geográfica determinada. También se puede apreciar, por ejemplo, en Aquitania o en Toscana, o incluso en la Italia lombarda y en Campania: la región de Nápoles produce por entonces lanas y ánforas destinadas al transporte del aceite comercializado que testifican la venta de excedentes de producción agrícola. Eso mismo se detecta en la multiplicación de esos mercados rurales de periodicidad variable, con frecuencia semanales, que permiten a los campesinos vender sus excedentes de producción.

Se percibe finalmente uno de los resortes de ese desarrollo en la aparición y la difusión paulatina de nuevos modos de explotación de

62. Lestocquoy, J., «Abbayes et origines des villes», *Revue d'histoire de l'Église de France*, n.º 23, 1947, págs. 108-112.

63. Wickham, C., *Early Medieval Italy*, *op. cit.*, pág. 115.

la gran propiedad rural que algunos trabajos recientes han contribuido a esclarecer.⁶⁴ Aquí se trata de lo que frecuentemente se ha convenido en llamar «gran dominio». No hay que confundirlo con la gran propiedad propiamente dicha, que puede componerse de pequeñas explotaciones: hay que distinguir, evidentemente, entre el régimen de la propiedad y el de la explotación. La evolución lleva a ciertas grandes propiedades al estado de grandes dominios, es decir, de grandes explotaciones. Los poderes que tienen sobre los hombres los adjudicatarios de esos grandes dominios son importantes, hasta tal punto que calificarlos de señoríos rurales no parece nada exagerado.

La historia del señorío es ante todo la historia de la dominación en el campo de grandes propietarios, y del conjunto de medios de que disponen para organizar el trabajo de hombres a quienes dominan, con el fin de apropiarse de una parte del fruto de su trabajo. Esos señores conceden tierras a campesinos y, como contrapartida, los obligan a que les paguen tributos. Eso es lo esencial. El campesino es un colono y tiene las tierras tras un arrendamiento. Sus derechos, la contrapartida de las tierras concedidas, el estatus jurídico del arrendatario, todo eso varía en el espacio y en el tiempo hasta formar la trama de una historia muy antigua. Tras una evolución paulatina termina en la transformación de la gran propiedad rural en señorío rural y va acompañada de la sustitución, también paulatina, de la esclavitud tal como existía en la Antigüedad, por la servidumbre.

A partir del siglo III, bajo el Imperio Romano, si hay todavía esclavos,⁶⁵ la gran mayoría de ellos son familias de campesinos atados a la tierra que cultivan. De hecho, participan en la vida social del lugar donde residen, en el sentido de que viven en familia, organizan ellos mismos sus actividades, están sometidos al pago de un alquiler y disponen de bienes. Su falta teórica de derechos, en la práctica, está regulada por las costumbres locales.⁶⁶ Además, bajo el Imperio hay campesinos jurídica-

64. Pensamos sobre todo en Devroey, J.-P., *Études sur le grand domaine carolingien*, Londres, 1993; Verhulst, A. (comp.), *Le Grand Domaine aux époques mérovingienne et carolingienne*, Gante, 1985; Toubert, P., *Les Structures du Latium médiéval. Le Latium méridional et la Sabine du IX^e siècle à la fin du XIII^e siècle*, 2 vols., Roma y París, 1973.

65. Jurídicamente definidos como seres privados de cualquier derecho y excluidos de la vida social.

66. Barthélémy, D., *La mutation de l'an Mil a-t-elle eu lieu? Servage et chevalerie dans la France des X^e et XI^e siècles*, París, 1997, págs. 109-110. Esas costumbres se mencionan explícitamente, por ejemplo, en contratos de concesión de tierras en Italia en el siglo VIII; Cammarosano, P., *Storia dell'Italia medievale dal VI all'XI secolo*, Roma y Bari, 2001, págs. 131-133.

mente libres pero arrendatarios de la tierra de otro, llamados colonos, libres sin lugar a dudas pero vinculados de una forma cada vez más estrecha a la tierra por las leyes imperiales. Digamos, por ejemplo, que desde el año 332 el colono aparcerero (es decir, el que paga el alquiler de su tierra con una parte de su producción) ya no tiene la libertad de abandonar su explotación. Se puede decir en resumidas cuentas, simplificando realidades complejas, por supuesto, que la condición de los campesinos arrendatarios evoluciona hacia la servidumbre. El solo hecho de tener las tierras de otro viene a ser lo mismo que vivir en la servidumbre. No es la esclavitud ni la exclusión de la vida social —el arrendatario está casado, tiene una familia, paga un tributo, por lo que es propietario—, sino lo que ha venido a llamarse servidumbre, para distinguirlo de la esclavitud.

Los campesinos que tienen las tierras de otro para su cultivo no dependen por regla general de dominios en forma de bloques. La gran propiedad se muestra de ordinario fragmentada desde el siglo VI hasta el IX, excepto en casos particulares. «Ése es el modelo dominante del año 200 al 900 y después en toda la Europa occidental» (C. Wickham).⁶⁷ El gran dominio considerado distintivo de la época carolingia (siglos VIII-IX) es precisamente un caso particular. Sus rasgos se van delimitando poco a poco. Se caracteriza por el hecho de que la parte que administra directamente el propietario (la reserva) y las tierras dadas en alquiler (los arriendos [*tenures*]) se asocian por la imposición a los arrendatarios de servicios que adoptan la forma de trabajos agrícolas en la tierra reservada del señor, además de los pagos en dinero o en especie. Este modo de gestión queda documentado por primera vez hacia el año 550 en los dominios de la iglesia de Rávena, situados en el territorio de Padua.⁶⁸ También se encuentra en el siglo VII en la Galia del norte, en tierras fiscales, propiedad del rey franco (que es el heredero del fisco imperial). En Neustria, la palabra *mansus* aparece en el año 620, y designa la tierra donde vive una familia, sea cual fuere su modo de propiedad (arriendo o alodio). En el año 694 aparece la expresión *mansus indomiticatus*, manso o masía del señor, que se puede traducir por reserva. Los dominios del fisco se prestan con menos dificultades a un modo de gestión que supone una permanencia de la gran propiedad que apenas existe

67. Wickham, C., «Economía altomedieval», *Storia medievale*, Roma, Manuali Donzelli, 1999, pág. 209.

68. Wickham, C., *L'Italia nel primo Medioevo*, op. cit., pág. 132.

entre los aristócratas (porque éstos venden, compran o dividen a la hora de las sucesiones), además de importantes poderes de apremio del propietario y una organización esmerada.⁶⁹ Los grandes dominios, así entendidos, reciben el calificativo de bipartitos, porque se componen de una reserva señorial y de tierras cedidas a pequeños y medianos arrendatarios a cambio de prestaciones en forma de trabajo en la reserva, que puede constituir una gran explotación agrícola. No cabe duda de que responden ante todo al interés por aumentar los ingresos de las tierras públicas. Su modo de administración, muy diverso en la práctica, se difundió después de forma más o menos amplia y duradera, sobre todo mediante la concesión de tierras públicas a abadías y obispados, y después de la década de los años 750 tiende a convertirse en algo común en algunas regiones, como en la Galia del norte e Italia del norte. Demuestra ante todo el gran interés de grandes propietarios por la buena administración de su propiedad y su ansia de perfeccionarla, lo que constituye en los siglos VII y IX una relativa novedad.⁷⁰ De este modo se advierte con bastante claridad —con grandes propiedades organizadas de esta forma— la existencia de ese poder local que parece característico del señorío rural medieval y permite, por ejemplo, la movilización del trabajo de los campesinos para llevar a cabo proyectos colectivos, ya se trate de trabajo en la reserva del señor o de hacer frente a nuevas roturaciones.⁷¹

También se advierte que los grandes dominios contribuyeron de diversas formas al crecimiento, y mediante él, de forma indirecta, al desarrollo urbano. Esos grandes dominios permiten, por una parte, la concesión de tierras a campesinos que comienzan por roturarlas y, por otra, el establecimiento de explotaciones rurales formadas por tierras pertenecientes a distintos propietarios (un señor de una parte de las tierras explotadas, las tierras de aquel que las explota, y uno o muchos otros señores de otras tierras). También estimulan la producción artesanal. Gracias a la fuerza constante de las exigencias señoriales, bien concretada en esos grandes dominios, impelen a los campesinos arrendatarios de tie-

69. Geary, P. J., *Before France and Germany. The Creation and Transformation of the Merovingian World*, Oxford, 1988, cap. 5.

70. Le Jan, R., *Histoire de la France: origines et premier essor 480-1180*, París, 1996, pág. 132.

71. Feller, L., «Liberté et servitude en Italie centrale (VIII^e-X^e siècles)», *Les Formes de la servitude: esclavages et servages de la fin de l'Antiquité au monde moderne*, Roma, 2001, págs. 511-533 (Mélanges de l'École française de Rome, 113/2).

rras a la producción y a la venta de excedentes; entre éstos, los que llegan a manos de los señores del suelo también son objeto de comercio. En este contexto hay que entender el desarrollo urbano.

La ciudad de la Alta Edad Media tiene rasgos propios. En el siglo V como muy tarde, mucho antes de la desaparición de la autoridad imperial, toma forma un tipo de ciudad procedente de la ciudad romana del Bajo Imperio sin solución de continuidad, pero distinta de ella: la ciudad episcopal. Constituye el rasgo distintivo de la realidad urbana de la Alta Edad Media —insistiremos en el capítulo 9 sobre este aspecto— que comienza mucho antes del momento que convencionalmente se adopta como su punto de partida (476, derrocamiento del emperador de Occidente Rómulo Augústulo y envío de las insignias imperiales al emperador de Oriente a Constantinopla). Sin embargo, ella sola no es capaz de abarcar toda esta realidad, y así vemos que hay otros tipos de aglomeraciones urbanas importantes, sobre todo a partir del siglo VIII. Pero está muy claro que existe una realidad urbana en la Alta Edad Media.

Continuaremos observándola a lo largo de este libro. El desarrollo urbano-característico de la época medieval comienza, en efecto, en el siglo VIII y continúa sin inflexiones hasta el siglo XIII, en su dimensión cuantitativa: el número de ciudades aumenta y su población también. Sin embargo, puesto que nuestro principal interés es este desarrollo, insistiremos sobre todo en la evolución de los siglos VIII y IX, salvo que haya que investigar en un tiempo anterior los puntos de comparación pertinentes.